

 escuelas católicas	Departamento de Pastoral	Página 1 de 3
	Tercera transformación	

Liderar de forma evangélica un proyecto evangelizador

La sociedad líquida y los tiempos cambiantes nos hacen pensar en la escuela como un velero que se dirige a un puerto aún incierto, por lo que halla su razón de ser en el aprendizaje del mismo arte de navegar. La escuela debe formar a los alumnos para trabajos que no están inventados, por lo que se hace primordial la adquisición de competencias (saber aplicado). La navegación requiere el conocimiento práctico de muchos conceptos, maniobras y fenómenos medioambientales, por ello, esta embarcación es como un buque escuela en donde todos somos aprendices, surcando los mares de nuestra sociedad cambiante, propulsada por diferentes clases de vientos, fuerzas que no controla, pero que debe conocer bien para aprovechar su energía de impulso (oportunidades) y aminorar sus peligros (amenazas). Cuanto más grande es la embarcación más personas o equipos se requieren para su pilotaje, y la existencia de un liderazgo directivo e intermedio cualificado. Una mala o lenta orientación de las velas o del buque, puede hacer perder el viento y dejar a la deriva la nave, o hacer que su fuerza llegue a hundirla.

Ya en la más antigua tradición cristiana, encontramos la metáfora del barco para referirse a la Iglesia, donde la Cruz es considerada el mástil que sujetaba firme las velas, y al sucesor de Pedro, el capitán que lidera la navegación por las rutas del mundo pregonando el Evangelio. Así también la escuela católica en nuestro mundo es como un embarcación que requiere de líderes cuyo objetivo principal no sea tanto la tarea a desarrollar, sino las personas a las que cuidar, escuchar, animar, empoderar... Si son capaces de detectar, desarrollar y aprovechar el rico conocimiento, talento y creatividad que existe entre los miembros de la comunidad educativa, de modo que puedan contribuir, desde los diferentes dones, vocaciones y roles, al desarrollo del proyecto educativo cristiano, éste se realizará.

Existen muchos niveles de liderazgo en la escuela, desde el director, hasta el tutor en su clase o un determinado alumno en su grupo de trabajo; sin embargo, nos vamos a referir a las características del liderazgo evangélico y evangelizador, el que tendrían que asumir aquellos que lleven a cabo explícitamente esta misión:

- **Creyente.** El proyecto educativo cristiano solo se asumirá desde la experiencia propia de haber “encontrado el tesoro” (Mt 13,44). El líder formal (director y equipo directivo) es el primer responsable del despliegue del proyecto evangelizador o proyecto educativo cristiano, por ello, debería tener una experiencia personal de fe. Somos conscientes que no todos los miembros de la comunidad educativa son creyentes, por lo que se hace más difícil motivar para alcanzar unas metas que coinciden con unos valores y creencias no siempre compartidos. Para ampliar el número de líderes cristianos, es esencial ofrecer tiempos y espacios para descubrir y/o profundizar, compartir, celebrar... la fe con aquellos que quieran hacerlo.
- **Carismático.** Desde una comprensión secular del término, el líder educativo debe tener aptitudes y actitudes para desempeñar esta función, las conozca y desarrolle. Pero también en el sentido espiritual, es necesario que conozca, de forma “vivencial”, el carisma que inspira el carácter propio, sobre todo en su

 escuelas católicas	Departamento de Pastoral	Página 2 de 3
	Tercera transformación	

dimensión pedagógica. Sólo así podrá transmitir, formar y motivar la realización de los mismos en los diferentes planes, programaciones y proyectos del centro.

- Profético. Según la comprensión bíblica de la palabra, ha de ser capaz de discernir el camino más evangélico en las orientaciones y decisiones que debe tomar, leyendo los “signos de los tiempos” y sin temer “ir contra corriente”, siendo testigo de unos valores diferentes a los del “mundo” (Rm 12,1-2). También, puede “ver más allá”, marcando nuevos horizontes y proyectos, siendo fuente de motivación inspiradora.
- Valorativo. Identifica y potencia el talento de las personas con las que colabora. Reconoce, agradece, elogia y premia sus logros, acompaña sus dificultades, favorece el aprendizaje y promueve la estimulación intelectual. Es capaz de transmitir buenas expectativas (visión optimista de la realidad) sobre los diferentes miembros de la comunidad educativa, lo que le permitirá sacar lo mejor de ellos, y provocará el cambio en comportamientos y actitudes.
- Corresponsable. Delega responsabilidades, crea equipos, forma líderes y comparte el liderazgo favoreciendo la búsqueda y toma de decisiones compartida, tanto a nivel formal como informal; de este modo, las personas se sienten implicadas, y se fomenta la participación. Encuentra el difícil equilibrio entre autonomía y supervisión en el acompañamiento y apoyo de los procesos personales y colegiales.
- Inspirador. Solo lo será si es visible, se hace el contradicho, es y se siente discípulo en una comunidad de discipulado, compañero de fatigas, motivador de nuevos proyectos... capaz de sugerir más que imponer, aunque en momentos sea necesario una decisión de mando.
- Íntegro. Más allá de cumplir un código ético, es coherente con lo que dice, y trata de vivir los valores evangélicos que defiende. Su autoridad es más moral que de cargo, aunque debe saber utilizar esta última.

Sin embargo el viaje no lo hace solo un buen líder o una buena tripulación, la hoja de ruta es fundamental, así como tener claros las maniobras que realiza cada equipo; más aún en una época de cambios o en un cambio de época, como se está escuchando ya decir en muchos contextos. Es difícil gestionar cambios que se dan con mucha rapidez, y más si se trata de una transformación integral e integradora como la que estamos proponiendo en esta serie de artículos. El desarrollo de la capacidad organizativa, adaptable al cambio, permite afrontar el constante fluir de esta realidad que tratamos de transformar con nuestra acción educativa cristiana. La organización y coordinación de los procesos que se realizan en el centro ayuda a impregnar de valores, criterios y orientaciones evangélicas y evangelizadoras todas las acciones que se realicen en él. Es obvio que se necesita un modelo de gestión:

- Ágil. Que responda con eficacia y eficiencia a las debilidades internas y a las amenazas externas, reconociendo y aprovechando las fortalezas que tenemos y las oportunidades que percibimos en nuestro entorno.
- Integral. Que oriente e inter-relacione todos los procesos que se despliegan en el centro hacia un objetivo común que, siendo flexible (evaluable-mejorable), haga posible mantener en el tiempo la acción evangelizadora a corto y largo plazo, aún cuando cambie el contexto.

 escuelas católicas	Departamento de Pastoral	Página 3 de 3
	Tercera transformación	

- Integrador. Donde pueda intervenir, si no todos, el mayor número de miembros de la comunidad educativa, como ya hemos sugerido a lo largo de este y otros artículos. La misma organización debe ofrecer los instrumentos, tiempos y espacios donde se genere y aproveche la creatividad e innovación que mejora el proyecto enriqueciéndolo.

Sin duda, la transformación en la manera de liderar y pilotar entre todos la nave es lo que nos ayudará a surcar los mares.